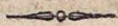


la idea de traicion, aneja al caracter de Luis XVI, y al vil papel, que se le habia hecho hacer, arrebató, sin remedio alguno, al descendiente de Enrique IV, el amor, y el respeto de la nacion.



§ II. Revision de la constitucion. — Acontecimiento del Campo de Marte. — Fin de la sesion de la asamblea constituyente.

La vuelta del rey fué una señal de nueva crisis, y todos los partidos se agitaron; los señores, y los prelados, sin atreverse á levantar, abiertamente, la voz, intrigaron, para sublevar los nobles de los departamentos, y apresurar la emigracion. Doscientos noventa diputados del lado derecho extendieron

una protesta, contra los actos de la asamblea. « Permanecemos en Paris, decian, para defender la persona del rey; pero, en cualquiera otra circunstancia, creemos, de nuestro deber, abstenernos de tomar parte en los trabajos de una reunion de rebeldes. » Preparaban de este modo el manifiesto de los principes. Estas nuevas maniobras, que manifestaban á los constitucionales la imposibilidad de reconciliarse con sus enemigos, y las exageraciones de los demócratas, motivaron la reunion de todas las secciones de la mayoría. El partido de Barnave, y los Lameth se unio á los constitucionales de Lafayette, y, á excepcion de unos treinta de los miembros, ya fixados sobre las ideas de república, y proscripcion del rey, todos los diputados de influjo se juntaron á

esta liga, y compuso las trece comisiones encargadas de pronunciar sobre la suerte de Luis XVI. Todas las operaciones subsecuentes de la asamblea, dirigidas por ella, fuéron selladas por una sorprendente moderacion. Tranchet, Dupont y Dandré recibieron la declaracion de Luis, y era la mas á proposito, para calmar al pueblo. Barnave se la habia dictado al monarca, y, mejor que otro alguno, podia indicar los medios de atenuar, á los ojos de la multitud, las culpas de tan incompreensible acontecimiento. Hizo un buen efecto sobre la opinion pública. Luis XVI protestaba, en ella, de su confianza en la asamblea; afirmaba de nuevo, que no habia jamas tenido la intencion de dejar la Francia, ni la idea, de un proyecto hostil contra ella, protestaba de su

aficion á la constitucion, y queria, solamente, decia, ir á Montmedy á hacer ver á sus enemigos, que estaba libre, y que la sancion de este grande acto era su obra. Añadia, que su viage le habia hecho conocer el deseo de la Francia, y que creia, ceder al deber. Esta declaracion á nadie engañó en la asamblea; pero los constitucionales, satisfechos, de que el monarca se justificase, parecieron quedar convencidos, y empezaron á creer, que, en el estado de las cosas, eran mas temibles los demagogos, que la corte.

En efecto, la mayoria de la sociedad de los republicanos no se componia, ya, de miembros del partido constitucional: los republicanos, los que consideraban el descaecimiento como necesaria, y los

orléanistas dominaban en ella. Otra sociedad, compuesta casi toda de orléanistas, y amantes del desorden, llamados los menores, de quienes, aun, no se conocia la funesta doctrina, se levantaban al lado de los jacobinos. Allí reinaban Danton, y Robespierre, y la opinion publica, despues de mucho tiempo, sometida á las sociedades populares, se destacaban de los legisladores. Todas las mañanas, numerosos folletos pedian el descaecimiento los oradores de la sociedad repetian, por la noche, los mismos gritos; y el pueblo llegó á desearla. Se provocaban, tambien, deseos mas sanguinarios, y habia ya diarios, que sirviésen de organo, cuando se dió á luz la relacion de las comisiones, que respiraba buena fe, y moderacion, y su memoria hara, siempre, honor á la

asamblea constituyente, así como al partido constitucional. Sin examinar en este acto, si Luis éra culpable, se veia en él, que la constitucion, no estando aun concluida, no podia ser castigado en virtud de esta misma. Se sostuvo, que Luis XVI, aun que fuese digno de castigo, no habia cometido delito; efectivamente, el unico que habia reconocido la constitucion era la fuga del rey, fuera de Francia, y no estaba probado, que hubiese tenido el designio de emigrar; por otra parte, si esta misma fuga se hubiese verificado, antes de pronunciar el descaecimiento, y aplicar la ley, la asamblea nacional debia guardar formas, y hacer al rey intimaciones de volver á su puesto, fixar los terminos, etc. La relacion acababa por la proposicion de un proyecto de de-

creto, que reconocía, como principio la inviolabilidad del rey; mandaba la conclusion de la constitucion, su revision despues de concluida, y su presentacion á Luis, que no tendria otro poder, que el que le viese de ella; y pedia, ademas, la prolongacion del cautiverio del rey, hasta que la constitucion estuviese concluida.

Una viva discusion se empeñó, sobre este proyecto de decreto. Gregoire, Pétion, y los republicanos de la asamblea hablaron, con vehemencia, por la descaecimiento. Bazot pensó, que los diputados constituyentes debian recusarse, y llamar una convencion nacional. Barnave respondió á todos sus argumentos, y predijo, si no se adoptaba el proyecto de la comision, una revolucion nueva,

y pronta, tan peligrosa, y sangrienta, quan util habia sido la primera. «No son las ideas metafísicas, añadió, las que arrastran las masas á las revoluciones, sino los intereses reales. La noche del 4 de agosto nos ha dado mas brazos, que todos los decretos constitucionales. ¿Pensais, que no nos queda, aun, otra semejante sesion, que discutir, á no ser, que afrezcamos, por pasto, al pueblo, en otro 4 de agosto, la propiedad, unica desigualdad que nos queda que destruir?» Se pidieron votos y los republicanos se opusieron. Preparaban peticiones, y esperaban un alboroto popular. La sociedad de los jacobinos se reunia, y grupos cubrian las calles, y las plazas. Se dió el decreto, y las reuniones se fueron á la asamblea: querian someterle la pretendida deliberacion

del pueblo, sobre una peticion, que reclamaba el descaecimiento de Luis XVI, y su juicio por los ochenta y tres departamentos. Lafayette prohibió la entrada del salon á los suplicantes; pero insistieron. Robespierre, desanimado, vino á anunciarles, que aun no era tiempo. « Hermanos, y amigos, les dije, habeis venido tarde, y todo se ha perdido, pues el rey se ha salvado! »

Sin embargo los jacobinos habian votado una representacion á la asamblea, en la que pedian, formalmente, la proscripcion de Luis XVI; Laclos, partidario de Orléans, encargado de su redaccion, tuvo la destreza de concluir la, por algunas palabras en favor de su señor, y esta peticion se puso en carteles, por todo Paris, así como tambien el aviso dado, á los que quisiesen firmarla, de

hallarse en el campo de Marte, donde se depositaría sobre el altar de la patria. La fermentacion se aumentaba, á cada instante, y, sin la firmeza de Lafayette, se iban á renovar las mortandades. La asamblea tomó las medidas mas vigorosas: ordenó al comandante general y á la municipalidad, que mantuviesen el orden, y tranquilidad, y mandó á los acusadores publicos de todos los tribunales de Paris persiguiesen los perturbadores.

16 julio.

Sin embargo el tropel fué, el dia siguiente, al campo de Marte, y un acontecimiento desgraciado señaló su llegada. Dos hombres fueron aprendidos en el altar de la patria, y el pueblo creyó ver en ellos unos agentes de la contrarrevolucion, enviados, para derribar el altar y los que debian firmar

17 julio.

la petición. Fuéron arrastrados hasta el Gros-Caillou, endonde los colgaron á un farol, y sus cabezas clavadas en las picas de sus asesinos. Lafayette llegó á tiempo de impedir, que se pasease por Paris este horrible trofeo, y muchos sediciosos fuéron presos; pero el pueblo los libertó.

Otros grupos se habian formado en la Bastilla, para marchar desde allí al campo de Marte. Pero Lafayette los dispersó, sucesivamente. Rompiéron sus filas; mas no por eso abandonáron su designio de irse al altar de la patria. A las tres de la tarde, la reunion era considerable. Danton leyó la petición de la nacion, y Camille Desmoulins harengó al pueblo.

Mientras este tiempo, la municipalidad, habiendo tomado razon de los

asesinatos de la mañana, decretó la ley marcial, y colgó la bandera encarnada, en la casa de Ayuntamiento. Los enviados, por los suplicantes, se aseguráron, por sus propios ojos, que esta señal habia sido enarbolada, y lo anunciáron en el campo de Marte dando allí, igualmente el aviso de la proxima llegada del cuerpo municipal, que habia tomado la resolucion de trasladar su sesion á la escuela militar. La esperáron con audacia, y vino en fin, precedida de la bandera encarnada, acompañada de Lafayette, y un fuerte destacamento de guardias nacionales.

Lejos de temer estas fuerzas, los sediciosos, atrincherados, sobre los glacis, gritáron de todas partes, *¡fuera la bandera encarnada!.. fuera las bayonetas!....* y arrojáron una nube de pie-

dras, sobre la guardia nacional, y la municipalidad. Lafayette mandó tirar, al aire, algunos tiros, y esta demostracion hostil puso en fuga á los agresores; pero, cuando supieron, que se habia tenido la intencion de no hacerles daño, volviéron á empezar sus gritarias, y sus ataques. Arrojaron piedras, por todas partes, y un empleado municipal empezó la lectura de las intimaciones expresas en la ley; pero, inmediatamente, dispararon tiros de pistola, y de fusil, sobre la guardia nacional, que, sin esperar órdenes, hizo fuego; la descarga fué terrible; mas de doscientos hombres quedáron en el sitio, y la caballeria acabó de dispersar la cuadrilla. Los facciosos quisieron entonces, en muchos cuarteles, llamar el pueblo á la revolucion; pero en todas

partes, adonde iban, eran arrojados, por la guardia nacional. El dia siguiente no se veia sintoma alguno de insurreccion; mas los corazones estaban llenos de odio, y de veneno. Se apoyáron en los rigores del dia anterior, para presentar á Lafayette, Bailly y los constitucionales, como enemigos del pueblo; este dia fué llamado, por la faccion exaltada, *la mortandad del campo de Marte*, y sirvió de pretexto á la proscripcion de Lafayette, y muerte sangrienta de Bailly. Una division terrible tuvo lugar entre los amigos de la libertad; y el pueblo, siempre arrastrado por el partido mas violento, y engañado, acerca de sus verdaderos intereses, no miró, sino la sangre vertida en el campo de Marte, profesando un odio

implacable á sus mas ardientes, y generosos defensores.

Los constitucionales, calumniados por los jacobinos, detestados de los aristócratas; y abandonados del pueblo, no tenian, en su favor, sino la asamblea; pero en esta conservaban la mayoría, y seguian su marcha con vigor. Quisiéron tambien atraerse la opinion, y para el efecto fundáron la sociedad de los *feuillans*¹ en la que todas las divisiones liberales se sometieron al partido de constitucion, y libertad, y solamente Petion, Robespierre y Buzot quedáron con los jacobinos; pero estos, á pesar de los esfuerzos de sus

¹ Nombre de un orden religioso que profesaba la regla de San Bernardo.

contrarios, conserváron el consentimiento del público, mientras, que los antiguos gefes de esta célebre sociedad, Barnave, Lameth, y Duport, refugiados á los *feuillans*, viéron emplear contra ellos las armas de que se habian servido, para combatir á los monarquistas, y los primeros constitucionales. El pueblo siguió la marcha de los jacobinos, y no reconoció ya, en sus antiguos amigos, sus primeros sentimientos; miró á Barnave, Lechapelier, y Lafayette, entre los *feuillans*, como aristócratas vendidos á la lista civil, y se agrió mas, aun, por ser la primera vez, que algunos de sus individuos, desde la abertura de la sesion, habian sido presos, por orden de la asamblea. La sublevacion del campo de Marte fué la causa de estos arrestos, y el pueblo

se obstinaba en mirar la severidad de este dia, como un ataque á sus intereses, no creyendo ver en la asamblea, sino aristócratas, y traidores; Robespierre, y Petion solos, le parecian sencillos defensores de sus derechos.

Este error duró, mientras se hizo la total revision de los decretos, y la reduccion de la acta constitucional, y una moderacion, y amor sencillo á la constitucion monarquica, animó, siempre, la mayoría, sacrificando ó moderando algunos decretos antiguos, de lo que tomaron pretesto los jacobinos, para gritar traicion, y contrarrevolucion. El pueblo, incapaz de juzgar los motivos de esta aparente mudanza, mandado, por la experiencia de tres años, y por miras conservadoras, creía descubrir en la asamblea un espritu de

tendencia hácia el antiguo órden de cosas, y deseaba la separacion de los diputados, que habian perdido su confianza. Los aristócratas lo deseaban tambien; pero los sabios amigos de la libertad veian, con pena, el momento de retirar hombres, cuya buena fe, y patriotismo eran, igualmente, conocidos, y que, volviendo á sentimientos moderados, reanimaban la esperanza, perdida, de ver consolidar los mejoramientos que se pedian.

Redactada ya la acta constitucional, se nombraron sesenta miembros, para presentarsela á Luis XVI, y diéron á este monarca, tanto tiempo preso, la facultad de decidir, las precauciones que le parecian necesarias, para asegurar su libertad y su persona: le permitieron arreglar las formas de su acepta-

cion, y escoger el lugar de su residencia. Fué el mismo, en persona, á la asamblea, y recibió la constitucion en medio de los mas vivos aplausos. Lafayette propuso celebrar tan bello dia, con una amnistía general, concedida á todos los delitos cometidos, por todos los partidos, en el curso de la revolucion, y fué adoptada, y aprobada por toda la Francia, pues todas las opiniones, alternativamente vencidas, tenian interes en el olvido de lo pasado. En fin la asamblea nacional se separó, el 30 de setiembre de 1791, dejando esta célebre constitucion, acaso, imprudentemente, abandonada á la fermentacion de un pueblo, demasiadamente democrático, para admitir la dignidad real, pero, á lo ménos, garantía poderosa de la libertad publica.

La anarquia, que habia empezado con la asamblea constituyente, no debia contenerse tan pronto. La nacion, á quien los aristócratas tendian, aun, lazos, y que no veía su salud, sino en las medidas extremadas; que le presentaban sus aduladores, se olvidó de una legislatura, que no quiso oír la voz de sus pasiones. Los privilegiados la vieron, tambien, sin pena, terminar su existencia, y demasiado ciegos, por espíritu de partido, para juzgar bien el estado de la Francia, no viéron sino una exaltacion casual, y efímera. Un presentimiento les aseguró, sin embargo, que la asamblea constituyente era capaz de consolidar mas tiempo este movimiento, dando un estado fijo; pero querian mejor sepultar la Francia en una anarquia, que restableciese el anti-

guo régimen, sus derechos, y sus privilegios, que no dejan consolidarse, sobre una base estable, la dicha de la patria, y la fuerza del trono constitucional.



§ III. Reflexiones sobre la asamblea constituyente. — Conferencias de Pilnitz. — Estado de la Francia y de la Europa á fines de 1791.

Los enemigos de la libertad conservan su odio exclusivamente, á la asamblea constituyente, y la consideran como el unico autor de la revolucion, atribuyendola todos los crimines; sin embargo no presenta, á caso, la historia un cuadro mas hermoso, que el de los talentos, virtudes, y puras intenciones de esta ilustre asamblea. No hay duda,

que hubo faltas mientras existió; pero estas estaban en la naturaleza de las cosas, y la admirable mayoria de esta reunion nacional, supo preservar de un inmenso número de escollos, contra los que no hubiera sido extraño, que se hubiese estrellado. Convocado por el mismo rey, aun que imperfectamente organizada, veía en sus manos los destinos de la Francia. Los parlamentos, debiles é interesados, eran en aquel tiempo, los solos apoyos de la libertad nacional. La posicion de los nuevos legisladores fué tal, que era necesario, ó fundar una constitucion liberal, y monarquica, ó ceder, por respetos vergonzosos, á los deseos del poder, autorizando con los votos de una representacion nacional, la tirania ministerial, y parlamentaria. Llamada á arreglar los